HOY: 29 de NOVIEMBRE del 2007

DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-ficción y fantasía.

De frecuencia mensual y totalmente gratis.

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

Para descargar disparos anteriores:

http://www.esquina13.co.nr
http://www.cubaunderground.com

El sitio web del Fantástico Cubano

http://www.cubaliteraria.cu/guaican/index.html

DISPARO EN RED

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

Editores:

Darthmota.

Jartower.

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de ciencia ficción y fantasía.

espiral@centro-onelio.cult.cu , espiralgrupo@yahoo.es

Anabel Enríquez	István Bent Coghan
Juan Pablo Noroña	
Víctor Hugo Pérez Gallo	Leonardo Gala
Eliete Lorenzo	Raúl Aguiar

Portada:

Universo: Ghost in the Shell.

0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: Neal Stephenson.
2. Artículo: La denominación que cayó sobre Sarnath, Henry Armitage Sarnath.
3. Cuento clásico: Fuera de este mundo, Alfred Bester.
4. Cuento made in Cuba: Recordando a Harvey Davis Millar, Abel Ballester Zuaznábar.
5. Artículo: La balada de R'ton, Cristóbal Pérez-Castejón.
6. Entrevista: Entrevista con Pablo Capanna, Eduardo J. Carletti.
7. ¿Cómo contactarnos?

1. LA FRASE DE HOY:

El polvo es más pesado que el aire, por lo tanto cae hasta dar con el suelo. Eso es todo lo que es preciso saber sobre el polvo. A los ingenieros les encanta porque les gusta que los problemas estén muertos y crucificados como mariposas bajo el vidrio. A los físicos les encanta porque les gusta pensar que lo comprenden todo. Nadie plantea preguntas difíciles. Y más allá de las ventanas, los diablillos de polvo siguen brincando por el campus.

Neal Stephenson
Criptonomicón III.
El código Aretusa.

Al INDICE

ARTICULO: La denominación que cayó sobre Sarnath

por Henry Armitage Sarnath

Publicado originalmente en La Estela de Juvell-Kerapt, revista electrónica lovercraftiana de la Nueva Logia del Tentáculo.

En 1919 H.P. Lovecraft escribió "La maldición que cayó sobre Sarnath" y, de manera consciente o como mera coincidencia, pone en circulación el nombre de una ciudad, que realmente existe. En efecto, Sarnath es un pueblo pequeño que se encuentra a diez kilómetros de Beranes, en la India. Es uno de los lugares de veneración budista, puesto que es el lugar donde Buda pronunció el primer sermón a sus discípulos. Este sermón - que hablaba del dolor humano, sus causas y los caminos para liberarse del sufrimiento, extinguir todo deseo y alcanzar en esta vida el nirvana -se considera el momento fundacional
del budismo. El sermón tuvo lugar en el Parque de los Ciervos de Sarnath. En este mismo parque hay ruinas de grandes monasterios con más de mil quinientos años de antigüedad, levantados en plena edad de oro del budismo en la India. La utilización del nombre de esta población de la India ha llevado a pensar a algunos estudiosos de la obra de Lovecraft [1] que podría existir alguna relación con el budismo, aunque las referencias que Lovecraft hace de Buda en su Correspondencia [2], junto con los nombres de Cristo y Mahoma, son ejemplos de su actitud crítica ante cualquier tipo de concepción religiosa teísta. Hay que destacar el hecho de que, en la época de Lovecraft, ya existía en el Museo de Bellas Artes de Boston una enorme colección de Arte Asiático con importantes obras de arte budistas, procedentes de Japón. Además, hay que decir que, en los Estados Unidos el nombre de Sarnath se conoce desde finales del Siglo XIX y es casi seguro que Lovecraft tuviese conocimiento de su procedencia. A pesar de todo esto, es difícil asociar la Sarnath de la ficción literaria con la ciudad santa del budismo, puesto que no hay rastro alguno que pudiera conducirnos a la más remota de las referencias y, por lo tanto, habría que pensar que el nombre lo eligió probablemente para darle un toque exótico al relato y

mantener esa técnica lovecraftiana tan característica de intentar dar una cierta verosimilitud a sus historias fantásticas colocando en el mismo contexto datos reales y datos apócrifos, como hizo no solamente con las ciudades, sino también con la men-ción de dioses, como por ejemplo, el antiguo dios-pez Dagon, divinidad real del Panteón Ebla en el tercer milenio antes de Cristo frente al ficticio gran saurio acuático Bokrug, que encontramos en "La maldición que cayó sobre Sarnath", o lo que también ocurre en las listas de Libros de Ocultismo en los que se citan títulos reales, como Ars Magna et Ultima, Raimundo Lulio, junto con libros ficticios como El Necronomicón o De Vermiis Mysteriis. A pesar de todo lo dicho arriba, tanto con las intenciones como con las fuentes de Lovecraft nunca se puede absolutamente seguro, ya que no podríamos dejar de apuntar ciertas similitudes entre esos dioses-demonios de Ib y los nagas de la mitología hindú, que son espíritus acuáticos que de vez en cuando se dejan ver por la tierra con cuerpo de serpiente y torso humano. Es cierto que algunas de las imágenes, criaturas, ambientes

y argumentos de las historias de Lovecraft podrían encajar en el trasfondo de las enseñanzas del budismo, sobre todo en lo que se refiere a su concepción cósmica, aunque esto no tenga nada que ver ni con los dogmas, ni con el mundo físico. Otro aspecto que hay que destacar en el nombre de Sarnath es su similitud con otras denominaciones lovecraftianas:

Azathoth, Cthulhu, Yuggoth, Yog-Sothoth y otros muchos ejemplos en los que Vendedoras de alimento para ciervos. La Maldición Que Cayó Sobre Sarnath se repiten ciertas agrupaciones de letras como la TH que posiblemente correspondea los caracteres [Þ, þ] letra del arcaico anglosajón y que correspondían a las runas de la Antigüedad tan relacionadas con la magia, posturas de meditación y de elementos rituales.

A Lovecraft siempre le gustaron los trabalenguas, aunque en más de una ocasión explicó que las agrupaciones consonánticas de pronunciación imposible intentaban reflejar un lenguaje inhumano. Monasterio Tibetano. Entrada con cartel de denuncia de la invasión china del Tibet. En todo caso este relato de H.P. Lovecraft supone un intento de intentar crear una mitología propia del autor, que supone una cosmogonía

particular y que mostrará su visión particular del universo y la posición de la humanidad
en ese contexto.

[1] Esther Rochon , Lovecraft and Buddhism: Some Similarities, Lovecraft Studies Nº 38.Necronomicon Press, 1988
[2] H.P. Lovecraft, Selected Letters III, 1929- 1931. Arkham House, 1971

HENRY ARMITAGE

Es el seudónimo de uno de los fundadores de la Nueva Logia del Tentáculo, una agrupación dedicada a la difusión de la obra de Lovecraft y de los Mitos de Cthulhu, que cuenta con un sitio en Internet.
(http://orbita.starmedia.com/~lalogia/).

:

AL INDICE

3. CUENTO CLASICO: FUERA DE ESTE MUNDO

por Alfred Bester

Cuento esto exactamente del modo que sucedió, porque yo comparto un vicio con todos los hombres: aunque disfruto de un matrimonio feliz y sigo enamorado de mi esposa, continúo enamorándome de mujeres con las que me cruzo. Me paro en un semáforo rojo, miro a la chica del taxi de al lado, y me enamoro desesperadamente de ella. Subo en un ascensor y quedo cautivado por una chica que lleva un paquete en la mano. Cuando sale en el décimo piso, se lleva con ella mi corazón. Recuerdo que en una ocasión me enamoré de una modelo en un autobús. Llevaba una carta al correo e intenté leer el remite y aprenderlo de memoria.

Las que se confunden por teléfono son siempre la tentación más fuerte. Suena el teléfono, lo descuelgo, una chica dice:

—¿Puedo hablar con David, por favor?

No hay ningún David en nuestra casa y yo sé que es una voz extraña, pero emocionante y tentadora. A los dos segundos he tejido la fantasía de citarme con la extraña, tener una aventura con ella. Abandonar mi casa, huir a Capri y vivir en glorioso pecado. Luego digo:

—¿A qué número llama, por favor?

Y luego, tras colgar, apenas si puedo mirar a mi mujer, de lo culpable que me siento.

Así que cuando sonó aquella llamada en mi oficina, en Madison 509, caí en la misma vieja trampa. Tanto mi secretaria como mi contable estaban fuera comiendo, así que tomé la llamada directamente en mi mesa. Una voz emocionante comenzó a hablar a cien por hora.

—¡Hola, Janet! Conseguí el trabajo, querida. Tienen una oficina encantadora justo a la

vuelta de la esquina del viejo edificio de Tiffany en la Quinta Avenida, y el horario es de

9 a 4. Tengo una mesa y un despachito con una ventana, para mí sola...

—Lo siento —dije, tras concluir mi fantasía—. ¿A qué número llama?

—¡Dios mío! Desde luego no pretendía hablar con usted.

—Me lo imagino.

—Siento muchísimo haberle molestado.

—No ha sido molestia. La felicito por el nuevo trabajo.

—Muchísimas gracias —contestó ella riendo.

Colgamos. Me pareció tan encantadora que decidí que esta vez sería Tahití en vez de

Capri. Entonces volvió sonar el teléfono. Era la misma voz.

—Janet, querida, soy Patsy. Me ha pasado una cosa terrible. Te llamé y marqué mal el

número y empezé a hablar y de pronto una voz de lo más sugestiva dijo...

—Gracias, Patsy, pero has vuelto a marcar mal el número.

—¡Oh, Dios mío! ¿De nuevo usted?

—Eso parece.

—¿No es ahí Prescott 9-3232?

—Ni mucho menos. Aquí es Plaza 9-5000.

—No entiendo cómo pude marcar eso. Debo de estar especialmente tonta hoy.

—Quizás sólo especialmente excitada.

—Perdóneme, por favor.

—No se preocupe —dije—. Creo que tiene usted también una voz muy sugestiva, Patsy.

Colgamos y me fui a comer, reteniendo en la memoria Prescott 9-3232... Marcaría y preguntaría por Janet y le diría... ¿Qué? No sabía. Sabía además que no iba a hacerlo

nunca; pero persistió aquel resplandor de ensueño que se prolongó hasta que volví a la

oficina para enfrentar los problemas de la tarde. Luego lo sacudí y volví a la realidad.

Pero estaba engañándome, pues cuando volví a casa aquella noche, no le hablé de ello

a mi mujer. Trabajaba para mí antes de que nos casáramos y aún se toma mucho

interés por todo lo que pasa en mi oficina. Dedicamos más o menos una agradable hora

cada noche a discutir y analizar el día de trabajo. Lo hicimos aquella noche, pero yo

oculté la llamada de Patsy. Me sentía culpable.

Tan culpable que me fui a la oficina al día siguiente más temprano de lo normal,

intentando aplacar mi conciencia con trabajo extra. Aún no habían llegado las chicas,

así que la línea telefónica daba directamente a mi mesa. Hacia las ocho y media sonó

mi teléfono y lo descolgué.

—Plaza 9-5000—dije.

Al otro lado no se oía nada, lo cual me enfureció. Odio a esas telefonistas que te llaman

y luego te dejan colgado mientras atienden otras llamadas.

—¡Escuche, monstruo! —dije—. Espero que pueda oírme. Haga el favor de no

llamarme a menos que piense comunicarme inmediatamente con quien sea. ¿Quién se

cree que soy? ¿Un lacayo? ¡Váyase al cuerno!

Cuando estaba a punto de colgar el teléfono, una voz

—Perdone.

—¿Qué? ¿Patsy? ¿Usted de nuevo?

—Sí—dijo ella.

Mi corazón dio un vuelco porque sabía... sabía que aquello no podía ser un accidente.

Ella había aprendido de memoria el número. Quería hablar conmigo otra vez.

—Buenos días, Patsy—dije.

—Vaya, veo que tiene usted un carácter terrible.

—Siento haber sido tan áspero...

—No. Es culpa mía. No debía molestarle. Pero cuando llamo a Jan sigue saliendo su número. Deben de estar cruzadas las líneas.

—Oh. Qué decepción. Pensaba que había llamado usted para oír mi sugestiva voz.

Se echó a reír.

—No es tan sugestiva.

—Eso es porque antes fui grosero. Deseo compensarla. La convidaré a comer hoy.

—No, gracias.

—¿Cuándo empieza con el nuevo trabajo?

—Esta mañana. Adiós.

—Mucha suerte, Patsy. Llame a Jan esta tarde y cuéntemelo todo.

Colgué y me pregunté si no habría ido a la oficina aquel día más temprano que de costumbre con la esperanza de recibir aquella llamada, más que por deseo de hacer trabajo extra. No podía acallar mi conciencia. Cuando uno se encuentra en una posición insostenible, todo lo que hace resulta sospechoso e inútil. Estaba irritado contra mí mismo e hice pasar a las chicas una mañana espantosa.

Cuando volví de comer, le pregunté a mi secretaria si había llamado alguien estando yo fuera.

—Sólo el supervisor telefónico del distrito—dijo—. Tienen problemas con las líneas.

Pensé: "Entonces esta mañana fue un accidente. Patsy no quería volver a hablar conmigo".

A las cuatro en punto dejé irse a mis dos chicas en compensación por mi actitud de la mañana... al menos eso fue lo que me dije. Anduve vagando por la oficina de cuatro a cinco y media, esperando que llamase Patsy, construyendo fantasías hasta que me avergoncé de mí mismo.

Tomé una copa de la última botella que quedaba de la fiesta de Navidad de la oficina, cerré y me dispuse a irme a casa. Cuando pulsaba el botón del ascensor, oí que sonaba el teléfono en la oficina. Volví como un rayo, abrí la puerta (aún tenía la llave en la mano) y cogí el teléfono... sintiéndome un imbécil. Intenté cubrirme con un chiste.

—Prescott 9-3232 —dije, casi jadeando.

—Perdone—dijo mi mujer—. Me he equivocado de número.

Tuve que dejarla colgar. No podía explicárselo. Esperé a que llamase de nuevo, intentando determinar qué tipo de voz usaría para que ella supiese que era yo y no pudiese al mismo tiempo relacionarme con la voz que acababa de oír. Utilicé la técnica de mantener el teléfono a cierta distancia de la boca y di varias instrucciones con voz áspera a la oficina vacía. Luego aproximé la boca y hablé.

—¿Sí?

—Vaya, que voz tan distinguida. Como la de un general.

—¿Patsy?—mi corazón dio un vuelco.

—Eso me temo.

—¿Me llama a mí o a Jan?

—A Janet, por supuesto. Estas líneas son una lata, ¿No cree? Lo hemos comunicado a la compañía.

—Lo sé. ¿Cómo le ha ido hoy en su nuevo trabajo?

—Muy bien... supongo. Hay un jefe de oficina que ladra exactamente igual que usted.

Me asusta.

—Le daré un consejo, Patsy. No se asuste. Cuando un hombre grita así, suele ser para

cubrir su propia conciencia de culpa.

—No comprendo.

—Bueno... puede estar desempeñando un cargo que es demasiado grande para él y él

lo sabe. Así que intenta cubrirse haciéndose el duro.

—Oh, no creo que fuese eso.

—O quizás se siente atraído por usted y teme que eso pueda restarle eficacia en el trabajo. Así que le da voces para no caer en la tentación de ser demasiado atento.

—Tampoco podría ser eso.

—¿Por qué? ¿No es usted atractiva?

—No soy la persona adecuada para contestar a esa pregunta.

—Tiene usted una voz maravillosa.

—Gracias, señor.

—Patsy —dije—, yo puedo darle muchos consejos sabios y prudentes. No hay duda de

que Alexander Graham Bell ha querido juntarnos, ¿Quiénes somos nosotros para oponernos al destino? Comamos juntos mañana.

—Oh, lo siento, no puedo...

—¿Va a comer mañana con Janet?

—Sí.

—Entonces, ¿Por qué no conmigo? Aquí me tiene, haciendo la mitad del trabajo de Jan... atendiendo sus llamadas; y ¿qué saco de eso? Una queja del supervisor de teléfonos. ¿Es esto justicia, Patsy? Podremos hacer la mitad de la comida juntos. Luego

puede envolver la otra mitad y llevársela a Jan

Se rió. Fue una risa deliciosa

—Eres un encanto. ¿Cómo te llamas?

—Howard.

—¿Howard qué?

—¿Patsy qué?

—Tú primero.

—No quiero correr riesgos. O te lo digo en la comida o le mantengo anónimo.

—Muy bien—dijo ella—. Mi hora es de una a dos. ¿Dónde nos encontramos?

—Plaza Rockefeller. La tercera bandera empezando por la izquierda.

—Qué bonito.

—Tercera bandera por la izquierda. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿A la una en punto mañana?

—A la una en punto—repitió Patsy.

—Me reconocerás por el hueso que llevo atravesado en la nariz. No tengo apellido. Soy un aborigen.

Nos reímos y colgamos. Yo salí apresuradamente de la oficina para evitar la llamada de mi mujer. No fui un hombre honesto en casa aquella noche, pero estaba nervioso.

Apenas si podía dormir. Al día siguiente, a la una en punto, yo estaba esperando frente a la tercera bandera empezando por la izquierda en la plaza Rockefeller, preparando frases ingeniosas y procurando mantenerme lo más erguido posible. Sabía que Patsy probablemente me miraría un rato antes de decidirse a acercarse a mí.

Me dediqué a observar a todas las chicas que pasaban intentando imaginar cuál sería.

En la plaza Rockefeller durante la hora de la comida, se ven centenares de mujeres que pueden figurar entre las más encantadoras del mundo. Yo tenía grandes esperanzas.

Esperé y esperé pero ella no apareció. A la una y media comprendí que no debía haber

aprobado el examen. Me había mirado sin duda, y había decidido olvidarse de todo.

Nunca en mi vida me sentí tan furioso y tan humillado.

Mi contable se despidió aquella tarde, y en lo profundo de mi corazón no podía reprochárselo. Ninguna chica con dignidad podría haberme soportado. Tuve que quedarme hasta tarde, y pedir a la agencia de colocaciones otra chica.

Poco antes de las seis sonó mi teléfono. Era Patsy.

—¿Me llamas a mí o a Jan?—pregunté furioso.

—Te llamo a ti—dijo ella, igual de furiosa.

—¿Plaza 9-5000?

—No. No existe tal número, y tú lo sabes. Eres un mentiroso. Llamé a Jan con la esperanza de que las líneas siguiesen cruzadas y que salieses tú.

—¿Qué es eso de que no hay tal número?

—No entiendo que clase de sentido del humor te crees que tienes, Sr. Aborigen, pero lo

que sí sé es que me has jugado una mala pasada hoy... haciéndome esperar una hora sin aparecer. Deberías de estar avergonzado.

—¿Que esperaste una hora? Eso es mentira. No apareciste por allí.

—Estuve allí y tú no te presentaste.

—Patsy, eso es imposible. Te esperé hasta la una y media ¿Cuándo llegaste allí?

—A la una en punto.

—Entonces ha sido un terrible error. ¿Estás segura de que me entendiste bien? Tercera

bandera por la izquierda...

—Sí. Tercera bandera por la izquierda.

—Debimos confundirnos de bandera. No sabes cuánto lo siento.

—No te creo.

—¿Qué puedo decir? Creí que tú me habías dado un plantón. Estaba tan furioso esta mañana que mi contable se fue. ¿No serás contable, por casualidad?

—No. Y no estoy buscando trabajo.

—Patsy, comeremos mañana, y esta vez nos encontraremos donde no haya posibilidad

de error

—No sé si...

—Por favor. Y quiero aclarar ese asunto de que no hay Plaza 9-5000. Eso es absurdo.

—No existe tal número

—Entonces, ¿Cuál es este que estoy utilizando? ¿Un teléfono de cuerda?

Se rió.

—¿Cuál es tu número, Patsy?

—Oh, no. Es como los apellidos. No te Io daré si no me das el tuyo.

—Pero tú conoces el mío.

—No, no lo conozco. Intenté llamarte esta tarde y la operadora me dijo que no existía.

Ella...

—Tiene que estar loca. Lo discutiremos mañana. ¿Otra vez a la una en punto?

—Pero no enfrente de una bandera

—Muy bien. ¿Le decías a Jan que trabajabas a la vuelta de la esquina del viejo edificio

de Tiffany?

—Así es.

—¿En la Quinta Avenida?

—Sí.

—Estaré en esa esquina a la una en punto

—Como no estés...

—Patsy...

—¿Sí, Howard?

—Tu voz es aún más maravillosa cuando estás enfadada

Al día siguiente llovió a cántaros. Yo fui a la esquina sureste de la Treinta y Siete y la

Quinta, donde está el viejo edificio de Tiffany, y esperé bajo la lluvia desde las doce cincuenta a la una cuarenta. Patsy no apareció. Era increíble. Era increíble que alguien

fuese tan miserable como para gastar una broma como aquélla. Recordé luego su encantadora voz y deseé que la lluvia le hubiese impedido salir de casa aquel día.

Esperé que hubiese llamado a la oficina para decírmelo después de irme yo.

Volví en taxi a la oficina y pregunté si alguien me había llamado por teléfono. Nadie.

Tan disgustado y desilusionado estaba que me fui al bar del Hotel Madison Avenue y

tomé unas copas para quitarme el frío y la humedad. Allí me quedé, bebiendo y soñando, y llamando de hora en hora a la oficina para mantenerme en contacto. Pero de pronto no pude reprimirme y marqué Prescott 9-3232 para hablar con Janet.

Respondió una telefonista.

—¿Qué número ha marcado, por favor?

—Prescott 9-3232.

—Lo siento. Ese número no figura en la lista. ¿Quiere usted consultar de nuevo su agenda, por favor?

Así que también aquello. Colgué, bebí unas copas más, vi que eran las cinco y media y

decidí ir a dar una última ojeada a la oficina y luego marcharme a casa. Marqué el

número de mi oficina. Hubo un clic y un rumor y luego Patsy contestó al teléfono. Su

voz era inconfundible.

—¡Patsy!

—¿Quién es?

—Howard. ¿Qué demonios haces en mi oficina?

—Estoy en mi casa. ¿Cómo diste con mi número?

—Yo no sé tú número. Llamaba a mi oficina y sales tú. Al parecer las líneas cruzadas

funcionan en ambos sentidos.

—No quiero hablar contigo.

—Deberías avergonzarte.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha, Patsy, fue una faena darme un plantón como éste. Si querías vengarte podrías haber...

—Yo no te di ningún plantón. Me lo diste tú a mí.

—Oh por amor de Dios, no empecemos otra vez. Si no te intereso, ten la honradez de

decirlo. Me he puesto perdido en aquella esquina esperándote. Aún estoy empapado.

—¿Seguro? ¿Qué quieres decir?

—¡La lluvia!—grité—. ¿Qué otra cosa iba a querer decir?

—¿Qué lluvia? —preguntó Patsy sorprendida.

—No te burles. Lleva todo el día lloviendo. Aún gotea.

—Debes de estar loco dijo ella, con voz apagada—. Ha hecho sol todo el día.

—¿En la ciudad?

—Claro.

—¿Fuera de tu oficina?

—Desde luego.

—¿Sol todo el día en la esquina de la calle Treinta y Siete y la Quinta Avenida?

—¿Por qué calle Treinta y Siete y Quinta Avenida?

—Porque allí es donde está el viejo edificio Tiffany —dije, exasperado—. Tú estás a la

vuelta de la esquina de

—Estás asustándome—murmuró ella—. Creo... creo que es mejor que cuelgue inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa ahora?

—El viejo edificio Tiffany está en calle Cincuenta y Siete y Quinta Avenida.

—¡No, tonta! Ese es el nuevo

—Ese es el viejo. Sabes muy bien que se cambiaron, en

—¿Que se cambiaron?

—Sí. No podían reconstruir por culpa de las radiaciones.

—¿Qué radiaciones? ¿Qué demonios...?

—Del cráter de la bomba.

Sentí un escalofrío, y no por la humedad y el frío.

—Patsy—dije lentamente—. Hablo en serio, querida. Creo que puede que se haya cruzado algo más que una línea telefónica. ¿Cuál es tu clave telefónica? No necesito que me digas el número. Dime sólo tu clave.

—América 5.

Miré la lista que tenía en la cabina ante mí: Academy 2, Adrondack 4, Algonquin 4, ALgonquin 5, Atwater 9... America 5 no existía.

—¿Es aquí en Manhattan?

—Por supuesto, aquí en Manhattan. ¿Dónde si no?

—En el Bronx—contesté—. O en Brooklyn o en Queens.

—¿Cómo iba a vivir en campos de ocupación?

Se me cortó el aliento.

—Patsy, querida, ¿Cómo te apellidas? Creo que es mejor que seamos sinceros en esto

porque creo que estamos metidos en algo fantástico. Yo me llamo Howard Carnp.

Ella guardó silencio.

—¿Cómo te apellidas, Patsy?

—Shimabara—dijo al fin.

—¿Eres japonesa?

—Sí. ¿Tú eres yanqui?

—Sí ¿Naciste aquí, Patsy?

—No. Vine en 1945... con la unidad de ocupación.

—Entiendo, nos rendimos la guerra... donde tu

dará arreglada. Y quedaremos separados para siempre.

Dile que cargue el importe a tu número Patsy.

—Lo siento, señor dijo la telefonista—. No podemos hacerlo. Puede usted colgar y llamar otra vez.

—Patsy, sigue llamándome, ¿Lo harás? Llama a Janet. Volveré a mi oficina y esperaré.

—Su tiempo ha terminado, señor.

—¿Cómo eres, Patsy? Dímelo. Deprisa, querida. Yo...

El teléfono quedó muerto, y mi moneda cayó en la caja de las monedas.

Volví a mi oficina y esperé hasta las ocho en punto.

No telefoneó, o no pudo telefonear. Mantuve durante una semana una línea directa abierta con mi mesa y contesté personalmente todas las llamadas. Nunca volví a oír su voz. En algún sitio, aquí o allí, habían reparado aquel cable cruzado.

Nunca olvidé a Patsy. Nunca se borró en mí el recuerdo de su voz encantadora. No pude hablar a nadie de ella. Y no te lo diría a ti ahora si no hubiese perdido la cabeza por una chica de maravillosas piernas que patina sobre el hielo dando vueltas y vueltas mientras suena la música en la Plaza Rockefeller.

ALFRED BESTER

Alfred Bester periodista y escritor de ciencia ficción, nacido en Nueva York en 1913 y fallecido en Pensilvania en 1987.

Aunque publicó su primer relato en 1939, su salto a la fama vino a comienzos de los cincuenta, después de una etapa en la que trabajó como escritor de guiones para radio y televisión. Sus relatos, y sobre todo su premio Hugo de 1953 por El hombre demolido le encumbraron a la fama. Sin embargo, Bester, autor no muy prolífico, abandonó el campo para dedicarse a escribir artículos para la revista Holiday

(de la que llegó a ser redactor jefe).

Su vuelta a la ciencia-ficción en la década de los 70 no resultó como esperaba, y las novelas escritas por entonces resultaron un fiasco. Es por ello su fama de autor "cometa". Desalentado, volvió a abandonar el género. En 1987, moría sin haberse enterado de que acababa de recibir el galardón de Gran Maestro por su corta pero intensa carrera. Dejó, además de sus dos sobresalientes novelas, una pequeña pero exquisita colección de cuentos.

Al INDICE

4. CUENTO MADE IN CUBA: Recordando a Harvey Davis Millar.

Por Abel Ballester Zuaznábar.

Hace muchos años atrás la gente le temía a la daguerrotipia. Esa cajita extraña con un ojo de vidrio al frente, sólo podía ser algo malo. Se comentaba que con la imagen impresa de la persona fotografiada, quedaba capturada el alma. “La máquina que robaba el alma”, murmuraban por doquier. Decían que aquel que fuese visto por la misteriosa caja, sólo tenía un destino: morir.

Estos temores no eran infundados todos. Se basaron, o más bien, surgieron muchos de ellos, a raíz de los experimentos llevados a cabo por el señor Harvey Davis Miller; quien en el pasado, allá en Londres, se esmeró por obtener una placa de impresión más fiable y económica que las ya existentes. Necesitaba que las mismas se velaran más rápido y de esta forma, el cliente no tendría que esperar tanto tiempo posando.

Yo estuve a su lado cuando lo consiguió y… también estuve a su lado cuando murió con el secreto de su invento. Precisamente su nueva placa fue quien le dio muerte, aunque haya sido yo quien tomó la foto esa noche. Nunca olvidaré el rostro del señor Miller al fallecer. Aun me sale en los sueños. Es terrible. Pero… ¿cómo pudimos llegar a este punto?

Un año antes, yo era un pobre muchacho semianalfabeto. Huyendo de la pobreza de los campos, escapé de casa hacia la gran ciudad. No fue una decisión alocada. Me había enterado de que el señor Miller, el más prestigioso relojero, reparador de estufas y especialista en otros oficios; partía a buscar fortuna en Londres. Enseguida me ofrecí como ayudante y partimos sin mirar atrás.

Conseguir un local en la gran ciudad no fue sencillo. Ya casi perdíamos las esperanzas cuando encontramos una residencia que hacía esquina en un barrio intranquilo y sucio.

Aunque no lucía mal, nos sorprendió que estuviese deshabitada. Al indagar acerca del por qué, nadie nos quiso decir. Sólo cuando el señor Miller habló de comprarla, apareció al poco rato un hombrecito encorvado, con cara de águila arrugada y se dirigió hacia nosotros abriéndose paso entre los curiosos.

Eso han dicho muchos – nos reveló dudoso-, pero todos al final, han dado media vuelta y se han marchado sin siquiera firmar los documentos.

¿Por qué? – preguntó el señor Miller intrigado como yo y el hombrecito nos hizo una seña para que lo siguiéramos.

Se aproximó a la puerta principal de la residencia y sacó un manojo de llaves. Seleccionó una y abrió aquel lugar abandonado. Lo seguimos adentro y entonces nos sorprendió el inmenso recibidor aun con los muebles de los últimos propietarios.

¡Es perfecto! – exclamó el señor Miller- Es lo suficientemente amplio como para montar mi negocio aquí y atender a los clientes.

Mientras él se recreaba con observar lo inmenso que era todo allí, yo me fijé en la mirada de los curiosos que se asomaban por la entrada detrás de nosotros. Sus cabezas inquietas proyectaban sombras balanceantes en el suelo polvoriento. También noté la expresión del hombrecito de las llaves. Estaba parado frente a una pared cubierta por una cortina. El sol que entraba por la puerta al dar en él, lo hacía parecer muy pálido. El señor Miller tardó mucho en darse cuenta de la impaciencia de éste. Cuando al fin se percató, se acercó a mí y miró curioso al cuidador.

Muy bien señor… ¿Cuál es el problema con esta residencia? – le preguntó.

El hombrecito agarró un extremo de la cortina y nos clavó la mirada.

Lo que verán ahora es lo que ha hecho a todos huir. Se los advierto, esto les puede helar la sangre.

Y le dio un tirón tal a la cortina, que la misma se deslizó por su parte superior, descubriendo a gran velocidad la pared que ocultaba. Juro que di un brinco de pavor al ver aquel cuadro horrible reflejado allí sobre la superficie de esta. Era abominable. Rostros desgarrados, manos que se estiraban pidiendo clemencia, sollozos, gritos. Unas manchas espeluznantes. Parecían mujeres y niños que se consumían en las llamas del infierno. Y eran tan nítidas como el mejor de los retratos.

No hubo forma de borrar estas horribles manchas – habló el hombrecito-. Los propietarios anteriores lo intentaron todo. No sirvió de nada el estuco una y otra vez. Siempre volvían a surgir cada vez más grotescas aunque rasparan la pared.

Yo temblaba de pies a cabeza, pero me sorprendió la osadía del señor Miller. Él avanzó hasta la pared y raspó con la uña el estuco, para luego olerlo.

¿A qué se debe esto?¿Cómo es posible? - preguntó.

Nadie lo sabe señor. Sólo se sabe que en este lugar, hace mucho tiempo atrás, se quemó una casa de madera y en ella murió una mujer con sus cuatro hijos. Los puede ver ahí en las manchas… Fue en la noche. Dormían todos. ¿Lo ve? Es como cuando sale la gente en una placa…

¿Se refiere a los daguerrotipos? – se interesó el señor Miller.

¡Sí, eso mismo señor! Pero es peor, basta que usted recubra la pared con una nueva mezcla de estuco y sin secarse del todo, las manchas aparecen al momento.

¿Al momento?¿Al instante? – se interesó aun más el señor Miller.

Sí señor. Por eso nadie ha comprado la…

Es perfecta – lo interrumpió súbitamente y todos exclamaron menos yo, que no pude articular palabra alguna.

El señor Miller volvió a cubrir la pared ante el estupefacto guía y en ese momento me

percaté de que las manchas también estaban en la tela.

Creo que será interesante – comentó sonriente el señor Miller al ver esta curiosidad.

Contrario a lo que pensé, la gente si comenzó a ir a la casa a pedir los servicios del señor Miller. Sólo que no pasaban de la puerta. Temían acercarse al mostrador aun cuando habíamos cambiado la cortina manchada por una nueva. El señor Miller trabajaba como relojero y mecánico de ciclos. Yo como ayudante me esforzaba por aprender y no me iba mal. A veces reparábamos estufas, faroles y cualquier otro cachivache. Tuvimos un buen empezar y nos podría ir mejor, o mejor dicho, a mí me podría ir mucho mejor; sino fuese por el miedo que aun me inspiraba esa pared. Además escuchaba por las noches, ruidos que no me dejaban dormir. Un día no pude más… Trabajaba en el mostrador cuando sentí una gran necesidad de volver a ver ese cuadro horrible tras la cortina. No sé por qué. Tal vez una necesidad de asustarme a propósito. Así que descubrí las manchas y si bien seguían siendo muy aterradoras, lo eran más cuando no podía verlas y me las imaginaba. Las contemplé un buen rato y entonces me llamó la atención un sector raspado de las mismas que no había notado la vez que cambiamos las cortinas. Los colores eran visiblemente más claros en éste lugar. El señor Miller me sorprendió allí con la duda.

¿Qué haces Peter? – me preguntó intrigado.

Señor Miller, vea esto. La pared está rayada.

Ah, sí. He sido yo. No te alarmes – me confesó como si no fuese importante.

Pero… ¿para qué?

Estoy investigando algo muy prometedor. Ya veras – contestó con una sonrisa y me mostró unos libros que traía debajo del brazo-. Estaré en el fondo Peter. Puedes cerrar, ya es hora del té.

Asentí levemente y tapé nuevamente la pared. No podía entender que se proponía el señor Miller. ¿Acaso exorcizar la casa? Deseé que pudiera borrar esas manchas de una vez y para siempre. Sólo eso me hacía sentir mal en ese lugar.

Por la noche me despertó una pesadilla. No fueron ruidos esta vez, sino imágenes terribles. El susto fue tal que perdí el sueño y decidí dar una vuelta por la casa. Al bajar las escaleras me sorprendió ver luz en el cuarto del fondo. Sin dudas el señor Miller estaba allí, así que me asomé con cautela y lo vi en un verdadero laboratorio de alquimista. Maceraba, hervía mezclaba, destilaba varias cosas y recurría una y otra vez a sus libros. Lo espié sólo unos instantes y luego retorné en silencio a mi habitación. Después descubrí que estuvo muchas noches así.

Hasta un día en que apareció con una caja extraña y varios aditamentos diversos. No era algo totalmente nuevo para mí, ya había visto una similar de lejos, en la casa de un retratista. Le pregunté si éste sería también nuestro oficio.

Sí Peter – me dijo-. Con esta cámara y mi invención, unas placas que se velan al momento, los retratos serán más atractivos para los clientes. Para nuestros clientes. Todavía me falta reducir más los granos de la placa, pero casi lo tengo. Ven, te lo mostraré.

Fue ese día que noté algo preocupante en todo esto, pero no lo dije por temor a lucir ridículo. ¿Quién era yo? Sólo un chico ignorante. Así que me hice el desentendido. Lo recuerdo todo muy bien. El señor Miller le sacó un retrato a un clavel que florecía en una maceta, y luego de revelar la lámina de vidrio, me la dio con una sonrisa de triunfo.

¿Lo vez Peter? Todo el proceso no dura más de dos minutos y el tiempo de exposición es rapidísimo. Prácticamente descubrir el lente y volverlo a tapar.

Yo estaba tan impresionado con esto y ver aquella imagen pegada al vidrio me produjo tanto nerviosismo, que se me cayó la placa y esta se hizo añicos.

¡Qué torpe soy!¡Discúlpeme señor Miller!

No es para tanto Peter. Pero aun así te castigaré. Ven, siéntate aquí. Te haré un retrato.

Ilusionado con la idea de verme a mí mismo, tomé asiento frente a la cámara y me hinché orgulloso. Me sentía feliz y el señor Miller dijo que no pestañara siquiera. Pero algo borró la sonrisa de mis labios tal como lo vi después en el retrato. Mis ojos se fijaron en el clavel. Éste se había marchitado de golpe. Creo que el señor Miller también lo notó, pero le restó importancia.

Pero tuvo razón, el negocio como retratistas fue un éxito y con gran placer dejamos aquella casa con sus manchas y ruidos. El método de retratar del señor Miller desplazó a los otros en cuanto a rapidez y nitidez. Su fama comenzó a crecer y personalidades importantes nos visitaban para ser retratados, allá en nuestra residencia, en una de las calles más céntricas de Londres. Prosperábamos sí, y yo, no sólo le enviaba dinero a mi madre, sino que estudiaba y pretendía casarme al terminar estos estudios.

Pero todo no puede ser para siempre. Cosas inexplicables comenzaron a suceder con los retratos. Varios clientes regresaron a nosotros con dudas y temores. Alegaban que en las placas surgían figuras extrañas por detrás o encima de los retratados. Reconocían formas de ángeles en algunas, en otras parecían aureolas alrededor de todos y se comentaba que podría ser el alma de las personas. Pero lo más preocupante para mí, fue el hecho de que una tarde, dos hombres sospechosos que lucían sombreros de copa y bastón; me siguieran desde la casa de un cliente hasta la nuestra. Para colmo estuvieron muchos minutos después, vigilando desde una esquina cercana. El señor Miller no supo que decir al respecto y por primera vez advertí el miedo en sus ojos. La iglesia lo acusó, o mejor dicho, nos acusó de atrapar el alma de la gente. Con temor fui a mi habitación y busqué entre varias cosas, aquel retrato que me hiciera mucho antes. Entonces la vi… Allí estaba ella

con sus hijos parados detrás de mi imagen. Casi no se notaba, pero sus marcas estaban en la placa.

Al mostrarle esto al señor Miller nos lanzamos en una frenética revisión de todos los retratos que habíamos hecho de prueba, antes de dedicarnos en serio a éste oficio. Y era cierto. Ángeles, aureolas, fantasmas. En algunos bien nítidos. El señor Miller tomo una decisión:

Debemos cerrar el negocio de inmediato.

Pero ya era tarde. Habíamos sacado cientos de retratos y vendido otro tanto en placas de velado rápido, así que sucedió lo inevitable. Justo cuando me encontraba colgando un cartel que anunciaba el cierre, llegó el padre Donald Ford, el cual fue uno de nuestros clientes. Sostenía una de nuestras placas y lucía molesto. Muy molesto.

¿El señor Miller se encuentra? – preguntó y con cierto temor lo convidé a pasar.

Debí haberle dicho que no estaba. Ese día empezó la verdadera pesadilla. El padre Donald nos mostró las manchas surgidas en su retrato. Eran diabólicas y parecían una burla hacia él.

Muy pocos como yo aceptaron retratarse con el objetivo de darle fe a éste revolucionario invento. Depositamos mucha confianza en usted y mire cual ha sido el resultado. ¡Esto es un insulto!¿Qué puede decirme al respecto señor Miller?

El padre Donald esperó en vano una respuesta pues no había explicación posible. El señor Miller agitó las manos con desesperación.

No sé qué decirle. Yo mismo no me lo explico padre. Pero… pero podemos devolverle su dinero.

¡Yo no quiero su dinero!¿Por quién me toma? Yo vine aquí por esta ofensa y esto no lo lava el dinero.

El padre Donald lanzó la placa al suelo y ahí mismo cayó muerto. ¡Lo juro! No logró decir nada más. Simplemente murió. No fue un infarto como quisimos dar a conocer. Su rostro se desfiguró horriblemente como un cristal roto. Le recordé al señor Miller lo sucedido con el clavel que se marchitó al romperse su retrato y comprendimos que si el alma era atrapada en el vidrio, al éste quebrarse; moría el retratado. ¡Teníamos que huir! Aun la noticia de la muerte del padre Donald estaba caliente, cuando nos dirigimos a tomar el tren rumbo a quién sabe donde.

Corríamos por el anden hacia la puerta del tercer coche cuando un grito nos detuvo:

¡Señor Miller!

Lentamente miramos hacia el frente y vimos salir de las cortinas de vapor de la locomotora, a dos hombres con sombreros de copa y bastones, seguidos por la policía. No había escapatoria.

Nos interrogaron durante todo el día hasta la noche. Por ellos nos enteramos de la muerte de muchos, que molestos con sus retratos, los habían roto. Al principio no entendimos el interés de ellos. No nos condenaban sino que querían saber el secreto de la fórmula.

¿Cómo se hace? – nos preguntó un hombre de rostro tenebroso.

No fue nuestra intención que murieran esas personas – le dijo el señor Millar -. Fue un accidente. Debe creernos. No fue nuestra intención hacerle daño a nadie. Ya lo hemos dicho muchas veces pero no nos creen. De veraz lo sentimos mucho por esas personas.

No nos interesan para nada esas personas – lo cortó aquel hombre-. ¿No se da cuenta de lo que ha creado señor Miller?¿Se imagina el valor de lo que ha logrado?

No lo entiendo señor…

Imagínese este gran país amenazado. Otros ambicionan lo que tenemos. Con sólo atrapar su alma podríamos, puf, eliminarlos. Incluso aquí en nuestro propio suelo, hay algunos que

han llevado al poder a quien no lo merece. Eso sólo ha traído conflictos.

¿Se refiere a la familia Real? – se interesó el señor Miller.

Esta pregunta hizo sonreír con malicia a aquel hombre y de inmediato ordenó que me sacaran de allí. Ya estaban seguros de que yo no sabía nada, así que me echaron a la calle. Caminé dando tumbos hasta llegar a casa, y en esta, preparé algo de comer. Si bien estaba preocupado por el destino del señor Miller, tampoco perdía el apetito por esto.

El sueño me venció y caí rendido recostado a la mesa del comedor. Fue después de la media noche que me despertó el sonido del llavín en la puerta principal. Presté atención en la oscuridad y escuché varios pasos y voces en el recibidor.

Recuerde señor Miller. Con esto le prestará un gran servicio al país y a la corona. Confiamos en usted. Será bien retribuido por esto. Tiene hasta mañana para volver a rehacer sus anotaciones. Vendremos a verlo en la tarde.

Si es por el bien de mi patria, no me queda otra opción que aceptar. No tengo excusa para negarme.

La puerta volvió a cerrarse y unos pasos solitarios se acercaron al comedor. Sólo cuando estuvieron lo suficientemente cerca, el señor Miller se percató de mi presencia.

¿Peter?¿Estás aquí?¡Gracias a Dios! Creí que no volvería a verte.

Encenderé las lámparas señor Miller.

No, no, espera. Están allá afuera Peter. Ellos no saben que estás aquí. Es mejor así.

¿Por qué?¿Qué le hicieron?¿Quién era ese hombre?

Un miembro de la familia Real. Me propuso retratar a varias personalidades de su mundo. El retrato debe ser furtivo, sin que ellos se enteren, para después matarlos a su antojo. Quieren mi secreto Peter. Me amenazaron, pero les dije que las notas las había destruido junto con las placas que no se llegaron a usar. Quieren que fabrique más y que les revele el

secreto para usarlo como arma.

¿Y qué va a hacer? No puede hacerlo. No puede apoyar a ese traidor.

Lo sé Peter, por eso sólo queda algo por hacer. Ven, ayúdame. No les daré ese placer. Les prometí que colaboraría si me pagaban bien y me creyeron.

El señor Miller preparó nuevamente la mezcla y obtuvo una única placa. Yo no entendía el propósito de esto. Trabajábamos en penumbra y en silencio casi total. En lo que él hacía esto, yo sostenía una lámpara cubierta con una lona para que la luz no se notara afuera de la casa.

Ya está listo – me dijo y se acercó a la cámara.

Con dificultad introdujo la placa en esta y después caminó hasta una silla, la tomó y luego de colocarla frente al equipo; se sentó en esta. Entonces fue cuando lo comprendí todo.

No – dije con un ruego-. No señor Miller. No lo haga.

Tú sólo haz lo tuyo Peter, yo me encargo de lo otro.

Ya sabía que era eso otro y era por esto que no podía hacerlo.

Comprende Peter. ¿Sabes cuántos más van a morir? Si mi secreto llega a manos como las de ese señoritingo Real, muchos van a morir. Muchos. Además Peter… sabes que no resistiré las torturas. Al final hablaré.

No quisiera extenderme en contar ese angustioso momento. Sólo con decir que durante media hora discutimos el asunto fue suficiente. Fue doloroso para mí, mejor dicho, para ambos. Pero al final tuve que mostrar el lente y descubrir la lámpara para que todo se iluminara. Luego le di la placa al señor Miller y este pidió que me escondiera. Hizo bien, pues de inmediato los agentes que vigilaban la casa, tocaron a la puerta intrigados al escuchar el quejido del señor Miller. Cuando lograron entrar, yo había conseguido esconderme y ya él yacía muerto.

No sé cuanto tiempo estuve allí oculto tras unas cajas que nunca nos molestamos en acomodar bien. Después de que se llevaran el cuerpo del señor Miller, volvieron una y otra vez para registrar la casa. Por suerte se convencieron de que era una búsqueda inútil antes de llegar a mi escondrijo. Su frustración era tal que ni siquiera se molestaron en recoger los restos del retrato del señor Miller.

Yo partí sin rumbo fijo hacia el norte. Simplemente desaparecí. Aun conservo los pedazos de vidrio de aquel retrato suicida. Ya casi se han borrado pues tienen más de sesenta años. Mi salud fue excelente hasta el mes pasado en que quedé postrado en esta silla de ruedas, luego de que mi bisnieta Elizabeth, encontrara por accidente aquella primera imagen que me tomara y lo rayara completamente. Cosas de los niños inquietos. Este suceso fue el que me hizo recordar aquellos tiempos ya olvidados y al señor Miller, mi amigo. Si bien nadie más recuerda su nombre, muchos aun rememoran el temor a su invención. Pero ellos no saben que murió haciendo lo correcto y que fue ante todo un patriota. Que en paz descanse.

ABEL BALLESTER ZUAZNÁBAR

Comenzó a asistir a un taller literario en el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Matanzas en 1998. Ese mismo año gano el primer lugar en el Festival de Artistas Aficionados de la FEU Provincial en literatura. Es miembro de Espiral desde el año 2002 y uno de sus cuentos se incluyó en la antología Secretos del Futuro. También es ilustrador y ha participado con esta manifestación, en los eventos realizados por éste grupo de creadores.

Al INDICE

5. ARTICULO: La balada de R'ton

Cristóbal Pérez-Castejón

Tomado de http://www.bibliopolis.org

En la novela de Paul McAuley *Hijo del Río* se nos presenta un planeta, Confluencia, dotado de una curiosa población. Al principio podemos pensar que nos encontramos ante una heterogénea comunidad humana dotada de algunos individuos peculiares. Sin embargo, conforme profundizamos en la lectura nos damos cuenta que en realidad los habitantes de Confluencia no pertenecen a nuestra especie, sino que son híbridos desarrollados a partir de una mezcla de ADN humano y animal para la colonización y el desarrollo de ese planeta.

Esto podría parecernos una historia de ciencia-ficción más si no fuera porque la genética es uno de esos campos en los que los avances se suceden a velocidad de vértigo. Cada día nos levantamos con noticias que hacen que especulaciones como las de *Un mundo feliz* de Huxley o *Gattaca* parezcan cada vez más y más cercanas. Y cuando leemos en la prensa cotidiana que científicos de Estados Unidos están estudiando seriamente la creación de un híbrido entre ser humano y ratón para experimentar con células madre, resulta difícil dejar de preguntarse si las especulaciones de McAuley y de tantos otros que le precedieron no acabaran por convertirse en un elemento cotidiano de nuestras vidas.

Lo mejor de dos mundos

En realidad la hibridación, entendida como el proceso por el cual dos individuos de diferentes especies procrean para dar lugar a un ser que mezcla las características de sus progenitores, es un proceso relativamente corriente en la naturaleza. En el reino vegetal resulta bastante común la polinización cruzada entre especies relacionadas y lo mismo sucede con los animales. En ocasiones incluso pueden conseguirse híbridos de especies distintas, como sucede con las mulas, resultado del cruce de caballos y burros.

Una característica interesante de este proceso es que los híbridos suelen ser mayores y más robustos que las especies de las que proceden, puesto que la combinación de los genes permite reunir dentro de un mismo individuo características propias de cada uno de sus progenitores. Esta mezcla se lleva a cabo de acuerdo con las leyes de la genética, de

modo que las características en cuestión en ocasiones no aparecen en la primera generación sino a partir de la segunda y sucesivas. De hecho, Mendel estableció la base de dichas leyes a partir de sus estudios sobre la hibridación de dos variantes de guisantes. Sin embargo, también existe un precio a pagar: muchas variantes híbridas, aunque mayores y más productivas que sus parientes silvestres, son estériles, debido a que las diferencias introducidas en los cromosomas son lo suficientemente importantes como para inhibir el proceso de reproducción.

Jugando con los genes

La hibridación se ha utilizado desde la noche de los tiempos por la humanidad. En efecto, el cruce de variantes diferentes de una especie en busca de unas características determinadas (tamaño, mayor cantidad de lana o carne, docilidad) constituye una de las bases fundamentales tanto de la ganadería como de la agricultura. Históricamente, en el caso de los animales la técnica más utilizada ha sido el apareamiento de un macho de una variedad o especie con una hembra de la otra. Para los vegetales se usa un procedimiento semejante, colocando el polen de una variedad en los estigmas de la otra. También se utilizan mucho los injertos, que consiste en la implantación mediante un procedimiento quirúrgico de esquejes de la planta (pequeños tallos que se obtienen a partir de brotes) en otra planta para formar un híbrido. Este procedimiento tiene la ventaja de que la selección de las características del híbrido no está regulada por la genética, sino por los atributos de partida de los progenitores utilizados.

La aplicación de la genética ha supuesto un auténtico revulsivo en las técnicas de hibridación. Ya los trabajos de Mendel, que ayudaron a comprender los mecanismos de transmisión de características entre progenitores y vástagos propiciaron un enorme avance respecto de los métodos tradicionales. Pero las moderna biotecnologia ha ido muchísimo más allá. Hoy en día pueden cogerse dos células y fusionarlas en el laboratorio permitiendo hibridaciones imposibles en la naturaleza. Estas células se pueden cultivar posteriormente para dar lugar a embriones. Sin embargo, éstos no tienen por qué ser viables, ni sus características tienen por qué coincidir con lo que estabamos buscando al crearlos. Estos problemas se solucionan actuando directamente a nivel de los genes: la aplicación de la tecnología del ADN recombinante nos permite insertar genes humanos en el genoma animal, de modo que los híbridos resultantes codifiquen esos genes. De este modo se han

conseguido resultados realmente espectaculares: ovejas y cabras en cuya leche se genera insulina, ratones transgénicos en cuyo semen aparecen proteínas humanas, vacas que dan leche maternizada directamente, cerdos cuyos corazones pueden utilizarse para transplantes y ratones en cuyo lomo crecen orejas humanas...

Todo un mundo de posibilidades

Sin embargo, el objetivo del experimento que nos ocupa es diferente. Éste consiste en evaluar diferentes estrategias para utilizar y desarrollar las propiedades de diferentes estirpes de células madre utilizando un ratón como base para el experimento. Al inyectar estas células en un embrión, cuando éste se desarrollara acabaría con colonias de células humanas repartidas por todo su organismo.

Las células madres se han convertido, en cierto modo, en la piedra filosofal de la moderna biotecnologia. Procedentes de las primeras etapas de la división del óvulo, tienen la posibilidad de convertirse en cualquier elemento de nuestro organismo. En efecto, un óvulo fecundado es una célula totipotente, capaz de generar a un individuo completo. En los cuatro primeros días del desarrollo embrionario el óvulo experimenta varias divisiones. Cada uno de los resultados de ellas es a su vez una célula totipotente, capaz así mismo de generar un individuo completo (lo que es la causa, por cierto, de la existencia de los gemelos monocigóticos). A partir del cuarto día se forma el blastocito, cuya capa externa da lugar a la placenta y al resto de tejidos necesarios para el desarrollo del feto. Las células de la capa interna de este blastocito ya no son totipotentes en cuanto que no pueden dar lugar a individuos separados, aunque todavía pueden generar todos los tejidos de un individuo en concreto. Por eso se dice que son pluripotentes. Estas células pluripotentes son las que posteriormente generaran las células especializadas para la creación de los diferentes órganos y tejidos.

Las células madre no son un patrimonio exclusivo de los embriones, sino que también aparecen en el organismo adulto. Las más conocidas son las que residen en la medula ósea y se dedican a la producción de las diferentes células sanguíneas. Recientemente se han descubierto también células madre en el cerebro y en otros órganos.

El santo grial

Las células madre tienen dos comportamientos que las diferencian del resto de las células del organismo. El primero, que tienen capacidad de autogeneración (es decir,

pueden producir más células madre). El segundo, que pueden producir otras células que, como comentábamos más arriba, tienen la capacidad de especializarse en la generación de cualquier órgano o tejido.

Este comportamiento las convierte en algo extremadamente potente a la hora de tratar determinadas enfermedades. Por ejemplo, recientemente se ha anunciado que mediante un tratamiento adecuado se ha conseguido convertir células madre inyectadas en la columna vertebral de un ratón en neuronas y tejido nervioso. Si tenemos en cuenta que hasta no hace demasiado se pensaba que el tejido nervioso no podía regenerarse podremos darnos cuenta del alcance de este descubrimiento. Estos experimentos abren una puerta a la esperanza para los afectados por enfermedades neurodegenerativas como el Parkinson o los que sufren lesiones medulares como las que van asociadas a tantos accidentes y que suelen tener como secuela diferentes niveles de parálisis.

Estas células también puede utilizarse para tratar el cáncer. En otro experimento se han seleccionado células inmaduras de la medula espinal y mediante un tratamiento genético se las estimuló a producir una proteína anticancerígena. Asimismo, las células madre procedentes de la placenta y del cordón umbilical han demostrado un enorme potencial a la hora de tratar determinadas formas de leucemia.

Por último, la capacidad de las células madre, especialmente de las embrionarias, para especializarse en la producción de cualquier órgano o tejido ofrece perspectivas revolucionarias en el tema de los transplantes. En efecto, con esta técnica no solamente seria posible regenerar in situ órganos dañados sino que también podrían “fabricarse” órganos a medida con vistas a posibles transplantes. Por ejemplo, una de las líneas de investigación que se sigue actualmente consiste en la utilización de estructuras tridimensionales basadas en polímetros que se siembran con células madre que tras un adecuado proceso de estimulación y crecimiento dan lugar a órganos funcionalmente semejantes a los naturales. Pasado cierto tiempo la estructura polimérica de soporte se reabsorbe y el órgano quedaría listo para su uso. Por este procedimiento se han generado hígados y otros órganos bastante prometedores y ya se comercializa piel sintética, formada por dermis y epidermis desarrollada a partir de células madre. Estas técnicas abren también una gran esperanzas a colectivos como los diabéticos, que ven en el empleo de estas células maravillosas una posibilidad de mejorar espectacularmente su calidad de vida.

Oscuros nubarrones

Ante estas perspectivas sería de esperar que todos los laboratorios del mundo estuvieran experimentando en este terreno. Y sin embargo, no sólo no es así sino que en muchos países dicha experimentación está o bien prohibida o bien severamente restringida. Una de las razones de este estado de cosas hay que buscarla en los problemas éticos y morales asociados a este tipo de investigaciones. Básicamente podríamos resumir dichas objeciones en dos grandes temas: los problemas relacionados con las fuentes de suministro de las células y los asociados con los protocolos de experimentación.

Como ya comentamos en su momento, actualmente se han identificado varias fuentes de células madre en nuestro organismo. La médula espinal de cualquier persona contiene muchas (aunque de un tipo bastante especializado) y la placenta y el cordón umbilical de los recién nacidos también. Nunca han de faltar voces que pongan reparos al empleo de estas fuentes, pero en principio no parecen presentar demasiados problemas. Sin embargo, las células madre que ofrecen mayores posibilidades terapéuticas y tienen unas líneas de investigación más prometedoras son las que están asociadas a las primeras etapas del desarrollo del embrión. Lo que quiere decir que la principal fuente de suministro de las mismas esta en los abortos y en los embriones desechados en las técnicas de fertilización in vitro. Lo que las coloca, automáticamente, en el centro de la polémica.

El caballo de batalla de la discusión aparece a la hora de definir la frontera entre lo que se considera y lo que no se considera un ser humano. Para algunos, la humanidad del individuo queda fijada en el mismo acto de la concepción. Sin embargo, otros no comparten este punto de vista. Desde hace muchos siglos éste ha sido un tema controvertido: las disquisiciones sobre cual es el punto en que el feto adquiere un alma ocupan miles de páginas en los tratados de teología. El problema es que existe una zona nebulosa entre que el óvulo es fecundado por el espermatozoide y el feto comienza a adquirir una cierta entidad. Las células madre proceden de un estadio del desarrollo en que el futuro ser humano es poco más que un conjunto de células no diferenciadas. Tanto es así que en dicho estadio ni siquiera se puede hablar de identidad: el óvulo puede dar lugar a uno o a más seres humanos dependiendo de como se lleve a cabo su desarrollo. Pero a pesar de esto es innegable que en ese conjunto de células se encuentra implícita la potencialidad de un futuro ser humano. Y las implicaciones que esa potencialidad conlleva es lo que convierten

este tema de discusión en algo extraordinariamente resbaladizo. Si alguien nos preguntara si estaríamos de acuerdo con experimentar sobre seres humanos para obtener por ejemplo un nuevo medicamento, según se formulara la pregunta incluso podríamos llegar a pensar que nuestro interlocutor era una especie de nazi. Sin embargo cuando se habla de experimentar con los embriones desechados por las clínicas FIV hay mucha gente que se muestra de acuerdo... cuando lo cierto es que cada uno de esos embriones, de haber sido implantado, podría convertirse en un ser humano completamente desarrollado.

Algo parecido sucede con el tema del aborto. Independientemente de que éste es un tema con unas implicaciones morales específicas, el utilizar el resultado de un aborto en la experimentación medica arrastra una serie de problemas adicionales. Por ejemplo, imaginemos que se desarrollan técnicas para la regeneración de órganos o de células del sistema nervioso mediante implantes de células madre. Esto, lógicamente, creará una demanda creciente de este tipo de células. El problema es que con las características de la sociedad donde nos ha tocado vivir no cuesta nada pensar que a alguien podría ocurrírsele que dicha demanda podría ser cubierta, por ejemplo, incentivando el aborto, lo que no deja de tener unos tintes bastante siniestros. O generando artificialmente embriones (la tecnología ya existe) para cubrir este tipo de necesidades. ¿Dónde ponemos entonces el límite? ¿Por qué pensamos que una sociedad como la que describe Pohl en su novela *Pórtico* donde el comercio de órganos es una realidad cotidiana es poco ética? ¿Qué impedirá entonces que pasado mañana no lleguemos a situaciones como las que describe Michael Marshall Smith en *Clones* o las que usa Lois McMaster Bujold en su saga de aventuras de Miles Vorkosigan. en la que se cultivan seres humanos artificiales para extraer sus órganos? Son preguntas de muy difícil respuesta especialmente teniendo en cuenta que nos movemos sobre un terreno virgen que hollamos por vez primera.

Jugando con fuego

La otra gran fuente de problemas éticos procede de la naturaleza de los protocolos de experimentación. En efecto, nuestro conocimiento actual sobre estos temas es muy limitado. Tenemos una clara idea de la potencialidad de esta técnica, pero todavía no sabemos cómo utilizarla plenamente en nuestro beneficio. Es necesaria, por tanto, una fase de pruebas y experimentación que normalmente se realizara con animales de laboratorio como el ratón con el que abríamos este articulo. Sin embargo, ¿cuál será el resultado final

de estos experimentos? Éste vuelve a ser de nuevo un terreno muy resbaladizo. Modificar genéticamente una oveja para convertirla en un birreactor de insulina tiene sus implicaciones, en tanto que el animal en cuestión ciertamente forma un curioso híbrido entre humano y oveja. Pero después de todo, las modificaciones efectuadas afectan mecanismos muy específicos: no se trata tanto de crear una oveja con una cabeza humana (lo que podría fácilmente identificarse con una abominación) como de crear ganado con la capacidad de generar un fármaco en su leche. Sin embargo en el tema que nos ocupa las fronteras no están tan claras. El experimento busca determinar los patrones de dispersión y crecimiento de las células madre al ser inyectadas en una etapa temprana del desarrollo del embrión. El resultado final será, sin duda, un ratón por cuyo organismo existirán colonias dispersas de células humanas. De este modo, el animal de experimentación podría tener órganos como los nuestros, o testículos en los que se fabricaran espermatozoides humanos, o incluso, porqué no, un cerebro que funcionara como el de un humano. Porque si, como algunos defienden, lo que nos hace humanos se encuentra en nuestros genes, ¿por qué no pensar también que ese ratón podría, quizás, adquirir consciencia de sí mismo debido a los experimentos a los que nos estamos refiriendo?

Pensando el tema con frialdad, es fácil minimizar el alcance de estos reparos. En el fondo se ha demostrado que las diferencias entre el mapa genético del ratón y el del ser humano son mínimas, del orden del 1%. Además, el experimento siempre se va a desarrollar en condiciones controladas, y el ratón nunca va a abandonar el estado de embrión, porque toda la información que se pretende extraer de este experimento se centra en torno a este punto. Y no es menos cierto que las ventajas que se obtienen de la realización de experimentos de este tipo son tantas y abren las puertas de la esperanza de tantos seres humanos que el precio de una hipotética humanizacion del sujeto del experimento podría incluso pasarse por alto. Pero esto no quita para que las preguntas planteadas estén ahí. Y para que haya que intentar, al menos, buscar una respuesta.

Híbridos de leyenda

Aunque pueda parecer un tema de actualidad, la humanidad lleva sintiendo esta mezcla de admiración y temor por la hibridación y sus consecuencias desde la más remota antigüedad. Con el advenimiento de la revolución neolítica y el nacimiento de la ganadería, el hombre comenzó a ser consciente del poder que se escondía detrás de estas técnicas. Y

esto fue algo que acabó reflejándose en sus creencias. Por ejemplo, en muchas antiguas civilizaciones, como la egipcia, no eran extraños los dioses con características híbridas de hombres y animales, como Horus, el dios de cabeza de halcón o Anubis, el dios con cabeza de chacal.

Más próximos a nosotros, los griegos también tenían su cuota de deidades híbridas. El panteón helénico nunca se caracterizó precisamente por su castidad: en su mitología abundan los hijos más o menos bastardos de dioses y mortales, que compartían atributos de sus divinos padres junto con la mortalidad procedente de la rama más humana de la familia. Buen ejemplo de estas tendencias lo tenemos en Hércules, hijo de Zeus. Dotado de una fuerza sobrehumana desde su más tierna infancia Hércules se paso su existencia buscando infructuosamente el lugar que le correspondía bajo el sol, en pos de la inmortalidad que le negaba su origen humano y al mismo tiempo siendo temido y admirado por sus contemporáneos por su origen divino. Esta dualidad, junto con los superpoderes, ponen a Hércules en el origen de muchos de los modernos superhéroes. Por ejemplo, Spiderman adquirió su naturaleza de superhéroe a partir de la picadura de una araña radiactiva que le convirtió en un híbrido de araña y hombre. Todos sus superpoderes (el sentido arácnido, su capacidad de subir paredes, el lanzatelarañas) procedían de su lado lado arácnido. En cambio, el uso que se daba a esos superpoderes y los problemas que dicho uso planteaba a su conciencia quedaban siempre supeditados a su aspecto humano.

A la sombra del Minotauro

Además la de la promiscuidad ya comentada, hay que reconocer que los dioses helenos también tenian una cierta propensión a la zoofilia. Prueba de ello la tenemos en Pan, dios del pastoreo, con cuernos patas y orejas de macho cabrio, que se dice que era hijo de los amores del pastor Cratis con una cabra. Algo parecido sucede con los centauros, uno de cuyos orígenes apunta a un hijo de Ixion y Nefela que se unió con las yeguas del valle de Pelión, en Tesalía, y así dio origen a un pueblo de híbridos mitad hombres y mitad caballos. Un caso particularmente conocido es el de Asterion, el mítico Minotauro, fruto de los amores de Pasifae con un toro blanco. El Minotauro tenia todas las características propias de los híbridos: vigor sobrehumano y mezcla de la características más importantes de sus progenitores. Pero los hombres lo veían como un monstruo que encerrado en su laberinto devoraba todos los años a siete jóvenes y siete doncellas atenienses. Sin embargo, el propio

Minotauro quizás tenia otras ideas al respecto, tal y como propone Borges en su magnifico relato “La casa de Asterion”.

La monstruosidad del híbrido ha sido un tema que siempre ha dado muchísimo juego en la literatura de todas las épocas. Desde las quimeras medievales, mezcla de león. cabra y dragón, a la más clásica literatura de terror, la igualdad de híbrido con monstruo es casi una constante. Recordar al respecto el magnifico relato “La sombra sobre Innsmouth”, de H.P. Lovecraft, donde se describe la inquietante existencia de unos oscuros híbridos, reminiscencias de un pasado remoto, y el terrible destino del protagonista que ve como poco a poco va perdiendo su humanidad para acabar convirtiéndose en uno de ellos. Esta proceso de deshumanización aparece también reflejado en *La mosca* (David Cronenberg, 1986). En esta película, un científico está investigando sobre teleportación con tan mala fortuna que en el momento de llevar a cabo la prueba definitiva de su aparato una mosca se introduce junto a el en la cabina de teletransporte. Aparentemente la prueba se desenvuelve sin problemas, pero al cabo de un tiempo el científico descubre que su ADN se ha mezclado con el de la mosca dando lugar a un híbrido: más fuerte, con un metabolismo acelerado y superpoderes como la habilidad de subir por las paredes, pero al mismo tiempo cada vez menos humano. Algo parecido se cuenta en *Species* (Roger Donaldson, 1995) en la que una bella hembra híbrida de humano y extraterrestre se escapa de un laboratorio de investigación. El equipo enviado a perseguirla pronto descubrirá que su siniestra misión consiste en ir apareándose con hombres desprevenidos para engendrar un ejército que destruya a la humanidad.

La semilla de otros mundos

Species plantea una variante del tema de la hibridación muy del gusto de la ciencia ficción: el cruce de ser humano con extraterrestre. Un claro ejemplo de esta tendencia lo tenemos en el personaje de Mr. Spock, de la serie *Star Trek.* Spock es hijo de vulcaniano y terrestre. Esto le confiere un intelecto superior al de sus compañeros de nave. Pero en cierto modo también le transforma en un ser desarraigado que no termina de ser aceptado ni por la sociedad terrestre ni por la vulcaniana. Este concepto de desarraigo (aparte de una interesante aplicación de las leyes de Mendel) aparece también en el relato de Dick “Oh, ser un blobel”. Los blobels eran unos seres con forma de ameba contra los que combatió la humanidad en una cruenta guerra ya terminada en el momento de la narración. El

protagonista, veterano de la misma, fue sometido a una transformación genética por la cual durante un cierto periodo de tiempo su forma humana revertía a la de un blobel. Eso le convierte en un desarraigado que solo puede encontrar comprensión entre los que son como él... o al lado de una espía blobel que fue a su vez manipulada por su especie para que pasara de la forma blobel a la humana. Con el toque ácido que le caracteriza, Dick ironiza tanto con la razón de la existencia de esos híbridos como con el modo en que se adaptan a la sociedad en que les ha tocado vivir.

Otra película en la que se produce un interesante ejemplo de hibridación entre extraterrestre y humano es *Alien IV* (Jean Pierre Jeunet, 1997). A lo largo del resto de películas de la serie, una de las dudas más persistentes en el ciclo de vida de los alien es cómo después de ser implantado el embrión éste puede desarrollarse en el interior del ser humano, siendo un ser vivo con una bioquímica radicalmente diferente a la suya. Una posible explicación podría proceder de que la fase anterior de la reproducción del alien, el *facehugger*, inyectara junto con el embrión o previamente a éste un virus que modificase genéticamente al huésped para hacerlo más adecuado a sus necesidades. Este comportamiento, exhibido también por algunas avispas de nuestro planeta, permitiría explicar la diversidad de huéspedes que pueden utilizar los xenomorfos en su proceso reproductivo.

Alien IV utiliza este supuesto como punto de partida de la película. En la anterior entrega Ripley muere poco antes de dar a luz a una reina alien. En ésta, Ripley es clonada en una instalación militar a partir de la sangre contenida en el sistema de autodiagnóstico que utiliza poco antes de morir. El problema es que el clon ya no es el de una Ripley genéticamente pura, sino un híbrido sobre el que ya ha actuado el virus del *facehugger* y que combina características de los alien (como la sangre ácida y su fuerza superior) con un aspecto humano. Curiosamente, la reina alien también está contaminada por los genes de Ripley, adquiriendo la capacidad de “parir” a sus hijos en vez de poner huevos como hasta entonces. Y el horroroso hijo de la reina también es un híbrido que por aplicación de las leyes de Mendel tiene uno rasgos mucho más “humanos” que los de su progenitora.

Explorando los limites

Uno de los elementos de la trama que dan más juego dentro de la saga de Alien es precisamente la preocupación por la ética de las empresas a la hora de llevar a cabo

determinado tipo de investigaciones. En cada una de las entregas éste ha sido un factor primordial a la hora de explicar los hechos que se ven en la pantalla. En la primera, a la corporación no le importa sacrificar a la tripulación de una nave para conseguir un espécimen alienígena de gran interés para su departamento militar. En la segunda, toda una colonia es sacrificada con el mismo fin. Y en la última no dudan en llevar a cabo todo tipo de siniestros experimentos genéticos para conseguir un híbrido de Ripley que les permita desarrollar un espécimen viable de la reina que llevaba dentro.

Como ya hemos visto, esta preocupación por los límites de la ciencia es algo que aparece en numerosas ocasiones ligado al tema de la hibridación. Por ejemplo, en *Frankestein*, de Mary Shelley, nadie puede dudar de las nobles motivaciones del protagonista. El objeto de su experimentación es nada menos que devolver la vida venciendo a la muerte: el ideal de todo médico. Pero, como se pregunta la novela, ¿es lícito utilizar cualquier medio para conseguir ese objetivo? Según la autora, no: al final, el monstruo, grotesca quimera formada a partir de los fragmentos de varios seres humanos, acaba volviéndose en contra del creador que con su soberbia y su ceguera ante las consecuencias de sus actos le ha impulsado a una vida miserable.

Parque Jurásico, de Michael Crichton, plantea una interesante variante del mismo problema. Los científicos han descubierto el procedimiento para devolver a la vida a algunos de los grandes dinosaurios, a partir de la sangre atrapada junto a insectos fósiles en el ámbar. Y frente a la postura de quienes defienden la resurrección de estos dinosaurios como una oportunidad económica o un desafío del tipo “lo hacemos porque podemos hacerlo”, también se alza la voz de uno de los protagonistas que se pregunta qué derecho tiene realmente el hombre a resucitar a una especie a la que la naturaleza seleccionó para su extinción. Y los hechos vienen a darle la razón cuando el mecanismo de protección introducido en el “diseño” de los dinosaurios resucitados para impedir su reproducción acaba fallando debido a la hibridación que se hizo del ADN recuperado de los fósiles con ADN de anfibios modernos para cubrir los fallos de secuencia.

La preocupación por los límites morales de la ciencia aparece también en otro clásico, *La isla del doctor Moreau*, de H.G. Wells. Un naúfrago es recogido por un barco que transporta un cargamento de animales a una isla perdida del Pacífico, donde el doctor Moreau lleva a cabo, en medio del más estricto secreto, diferentes experimentos en los que

a base de procedimientos quirúrgicos crea híbridos de hombres y animales a los que gobierna con una serie de férreas normas y castigos. Moreau al final fracasa y sus híbridos ser rebelan contra su tiranía.

La creación de híbridos quirúrgicos y genéticos también aparece como un tema de fondo en *La estación de la calle Perdido*, de China Miéville, donde la avanzada tecnología biomédica de Nueva Crobuzon se emplea, entre otras muchas cosas, en un imaginativo sistema penal donde el castigo de los criminales consiste en dotarles de formas híbridas a cada cual más horrenda. Pero una de las obras donde se hace una reflexión más sentida a la vez que amena sobre la hibridación de animales con humanos es en la magna *Historia de la Instrumentalidad*, de Cordwainer Smith. En ella, el autor nos narra una historia futura donde en un momento dado la humanidad utiliza, para resucitar de sus cenizas, la ayuda de homúnculos creados a partir de animales a los que los humanos verdaderos esclavizan y desprecian. Sin embargo, en relatos como "Alpha Ralpha Boulevard" o "La balada de G'mell" Cordwainer Smith nos muestra, con la mágica prosa que le caracteriza, cómo los supuestos seres inferiores acaban siendo moralmente superiores a sus amos y creadores.

Conclusión

Del ratón sobre el que se experimentan las técnicas de utilización de las células madre al mágico encanto de G'mell, la mujer gato, hay sin duda un abismo de considerables proporciones. Sin embargo, no es un abismo menor al que se abría en su día entre los híbridos quirúrgicos de Wells y las posibilidades de la biotecnología actual. En el fondo, los problemas éticos y morales implícitos en este tipo de experimentos son siempre los mismos. Y sólo la cuidada reflexión sobre las implicaciones de nuestros actos y el precio ético que estamos dispuestos a pagar podrá dar, alguna vez, respuesta a los interrogantes que está despertando nuestra cada vez más avanzada capacidad tecnológica en estos campos.

CRISTÓBAL PÉREZ-CASTEJÓN

Nacido en 1962 en Yecla (Murcia), vive en Madrid desde hace varios lustros. Es Ingeniero Superior de Telecomunicación y trabaja en una importante multinacional alemana del sector.

Sus aficiones principales son viajar, la fotografía, la astronomía y leer, su autor favorito es Borges. En el campo de la ciencia ficción, mas que autores prefiere obras: Arthur C. Clarke cuando escribe relatos, casi todo lo de Stanilslaw Lem, Philip K. Dick, Pohl, Benford...

Ha escrito un sinnúmero de artículos sobre los más variados temas de ciencia ficción. Los links pueden encontrarse en: http://www.arrakis.es/~cris/articulos.htm

AL INDICE

6. ENTREVISTA: Entrevista con Pablo Capanna.

Por Eduardo J. Carletti.

Publicado en Axxón el 22 de Agosto de 2000

Axxón: Tus primeras aproximaciones a la lectura de CF y el despertar de tu interés por ella ¿estuvieron relacionados directamente con la revista Más Allá?

Pablo Capanna: Cuando salió Más Allá yo estaba en sexto grado. Leía historietas de aventuras, pero mi favorito era Flash Gordon. También las de Oesterheld: *Misterix*, que ya había conocido en Italia y Bull Rockett, un nombre inspirado en Buck Rogers. Además estudiaba dibujo de historietas por correo con el método de Alex Raymond, el dibujante de Flash Gordon. De todos modos, los primeros libros con los que había aprendido a leer eran *Los viajes de Gulliver* y *La isla misteriosa* de Julio Verne.

Poco antes de que saliera Más Allá, la editorial Abril había publicado algunos cuentos de CF en *Cinemisterio*, una revista con fotonovelas de aventuras. Para mí fue toda una novedad enterarme de que había ciencia ficción "literaria" fuera de la historieta. Cuando me trajeron Más Allá recuerdo que estaba en cama con fiebre, pero la leí en un solo día.

Después, me acompañó durante toda la secundaria, pero no logré contagiar el entusiasmo a mis amigos. En la revista apareció un aviso de alguien que había fundado el Club de Amigos de Más Allá (CAMA). Era el proto-fan, y vivía en Ramos Mejía, a pocas cuadras de mi casa. Me fui hasta ahí, pero no me animé a tocar el timbre, pensando que sería algún físico nuclear, pero seguramente era otro mocoso como yo.

AX: ¿Creés que hubo una evolución de la CF desde un género menor, escrito para jóvenes o por lo menos con la única intención de entretener y sorprender en sus primeras épocas, a un tratamiento más profundo, más "literario" por los autores actuales?

PC: Nadie puede negar que el género ha tenido una larga evolución a lo largo de un siglo o más y que los escritores han ido levantando sus recursos literarios. Pero aquello que proponíamos gente como yo hace treinta años, era destruir los prejuicios que segregaban a la cf; la propuesta es que para esta fecha los libros de cf fueran criticados como cualquier otro tipo de narrativa, respetando sus peculiaridades y que un Premio Nobel de Literatura pudiera escribir cf alguna vez o utilizar sus recursos en otro contexto.

Nada de eso ha ocurrido. La cf ha sido tolerada, con la condición de que se mantuviera dentro de los límites del gueto donde se la ha encerrado, y es estudiada como "género" subliterario. Ya no es el gueto de los electricistas de barrio, es el gueto de la industria editorial, que la condena a gastar cantidades innecesarias de papel.

AX: ¿Qué temas te impresionan e interesan más?

PC: Me resulta difícil especificar algún tema en especial. En general, prefiero la variante "cosmológica" como en Stapledon o en la ucronía, pero cualquiera de los temas de la cf puede dar pie a una gran obra o a un mamotreto insoportable, tal como ocurre con cualquier otro tema.

AX: ¿Qué temas te gustaría encontrar en la CF que se escribe ahora?

PC: La cf de hoy parece sentirse hostigada por los avances tecnológicos. Daría la impresión de que cualquier idea original ya es obsoleta cuando se escribe y publica. Además, los propios científicos tratan con gran seriedad temas como la teleportación o el hiperespacio, que asimilaron en la cf de su juventud , y cuesta plantearles nuevos desafíos.

Me gustaría que la cf hiciera algún aporte original acerca de cómo resolver los problemas del Nuevo Desorden Mundial y de la exclusión, en otras palabras: "¿cómo sigue esto?". Pero si a ningún economista se le ocurre una propuesta inteligente, por utópica que sea, para combatir la desocupación, a los escritores de cf no se les puede pedir mucho más.

AX: ¿Cuál sería la diferencia —o qué causaría la diferencia— entre los autores norteamericanos de CF y los del resto del mundo?

PC: Básicamente, el acceso a la información científica de primera mano, y la experiencia de vivir en una sociedad que ha sido la primera en recibir el impacto de la alta tecnología, lo cual da un cierto entrenamiento y una cierta plasticidad.

Pero por otro lado, la incapacidad, propia de todos los centros imperiales de la historia, para entender qué ocurre lejos del centro del poder, o cómo piensan los que viven en la periferia.

AX: ¿Aparte de los autores que ya te he visto analizar, como Dick, Ballard y Smith, qué autores de CF te impresionan o te impresionaron?

PC: Cuando era muy joven, tuve una debilidad por Lovecraft, que como era de temer, cayó en manos de los ocultistas, de donde por otra parte venía. Casi enseguida, le perdí el interés. Por supuesto, disfruté con Bradbury, Sturgeon, Ursula K. Le Guin y Kurt Vonnegut. De los

menos exitosos, rescato a Clifford Simak y Walter Miller. El último autor que logró "atraparme", hace bastante tiempo ya, fue Christopher Priest.

AX: ¿Han producido algún cambio (impacto, influencia) en la sociedad todos estos años de producción y lectura de literatura de CF?

PC: Recién dentro de un tiempo, cuando se tome distancia frente a la historia del siglo XX, se entenderá que la cf ha sido responsable de todas las fantasías del imaginario tecnológico: contribuyó a evitar la guerra nuclear, puso al espacio como frontera, nos dio a los robots y la radioastronomía, los robots, el SETI y todo lo demás. Incluso muchas ideas científicas nacieron en la cf.

AX: ¿Creés en la posibilidad de existencia de civilizaciones extraterrestres con mayor o igual desarrollo que la nuestra?

PC: Desde el punto de vista de las probabilidades, parecería necesario que hubiera no una sino muchas civilizaciones. Sin embargo, el fracaso que ha sido el SETI hasta ahora, y las nuevas perspectivas planteadas por el principio antrópico parecen alentar la duda.

AX: ¿Creés que llegaremos a tomar contacto alguna vez?

PC: Cuando era chico y leía Más Allá soñaba con eso y también con los ovnis, que acababan de aparecer. Pero después de muchos años de esperar el contacto sin éxito, de ver como los ovnis se convertían en una seudorreligión y de entender la poca posibilidad de que haya vida en nuestro sistema, fui perdiendo el interés. De todos modos, si se produjera el contacto, sería el hecho más importante en toda la vida de la especie.

AX: Teniendo en cuenta que tu formación y capacidad para expresar ideas parecen ser las ideales para un escritor, ¿por qué razón no continuaste escribiendo ficción?

PC: La capacidad de escribir "teoría" como se dice ahora (o "ensayo" como dicen los editores) es bastante distinta a la de narrar. Hay narradores natos y talentosos que decepcionan cuando uno los conoce decepcionan, por sólo son brillantes para escribir, pero opacos para pensar. Viceversa, hay profundos pensadores que resultan aburridísimos, porque no saben escribir claro.

El talento para narrar no depende de la cultura, la educación o la capacidad discursiva. Es algo como el talento para la música o para la pintura. En mi caso, después de algún intento juvenil a la edad en que todos son poetas, desistí porque descubrí que eso no era lo mío. La poca capacidad de persuasión que tenía preferí ponerla al servicio de las ideas; también me

propuse hacer alguna docencia, para ayudar a otros a disfrutar el talento de los escritores que admiraba.

AX: El contacto cotidiano de hoy con varios de los elementos que fueron tema de especulación en otras épocas, ¿es mejor o peor para los escritores de CF? ¿Qué temas ha dejado para la especulación y capacidad de producir sorpresa en la CF?

PC: En el siglo XIX pasaban 50 años entre un descubrimiento científico y sus aplicaciones prácticas. Hoy, ese plazo va de tres a cuatro años, de manera que no hay tiempo de pensar. Creo que el impacto ha sido enorme, y en general me parece que inhibe la fantasía. El margen que queda abierto es el de siempre; la cf no trata de ciencia o tecnología, sino del impacto que tienen los cambios del contexto tecnocientífico sobre la vida de la gente.

AX: Te satisface lo que leés hoy de la nueva producción de CF?

PC: Lamentablemente, ya en la época de El Péndulo había dejado de leer sistemáticamente cf, y sólo de vez en cuanto leo algo que me recomiendan o simplemente lo que cae en mis manos. Me parece que la peor plaga de la cf fue su éxito económico. Fue el precio de su marginación: hacia los años 50 se dejaron de escribir cuentos porque las novelas rendían más, en los ochenta se descubrió el negocio de las trilogías, y ahora cualquiera se dedica a inventar un mundo tras saquear las ideas de los pocos que fueron capaces de hacerlo, y espera confiado las ventas.

AX: ¿Qué es lo mejor y qué es lo peor de la literatura de CF? —No me refiero a obras en particular, sino a la CF en sí misma.

PC: Lo mejor, si encuentra un lector dispuesto, es provocar esa mentada actitud de asombro, que permite por un instante pensar que lo cotidiano o evidente puede no ser necesariamente así.

Lo peor: nos tienta a hacernos miembros de un grupo de contención donde todos hablan de lo mismo y la realidad no entra. Además, siempre está el peligro de creer en todo lo que dice, olvidándose de que es literatura.

AX: ¿Cómo ves la CF en Argentina y en los países hispanoparlantes?

PC: De hecho, con la desindustrialización, el auge de las finanzas, el abandono de la ideología desarrollista, y el desaliento a la investigación, la ciencia y la tecnología han pasado a ser juguetes, como se ve en los diarios. En este contexto, una cf dura no parece ser una perspectiva probable. Pero siempre se puede expresar la visión del "otro lado",

imaginando por ejemplo las formas de la fragmentación en un mundo dividido en countries y villas, los conflictos que vienen y el rol que jugará en ellos la tecnología.

EDUARDO J. CARLETTI

Eduardo J. Carletti nació en Buenos Aires, Argentina, el 17 de abril de 1951, y vive desde 1956 en Ituzaingó, provincia de Buenos Aires. Es Ingeniero en Electrónica Digital y Hardware de Computadoras, profesión en la que trabajó desde 1972. Trabaja actualmente en desarrollo de software.

Ha ganado los siguientes premios Más Allá, otorgados por el Círculo Argentino de Ciencia-Ficción y Fantasía: por el cuento "Defensa Interna" (1985); por el cuento "En la escala" (1986); por la novela Instante de Máximo Quebranto (1987); por el libro de cuentos Por media eternidad, cayendo (1991); por su compilación de artículos Una mirada a la realidad, en la revista Axxón (1992); por el libro de cuentos Un largo camino (1992/93); por la antología Visiones (como antologista) (1992/93); y en 1990, 1991, 1992, 1993 y 1994 en el rubro "Revista", como director de Axxón. En 1994 recibió el premio "Memoria magnética", otorgado por el Círculo Puebla de Ciencia Ficción y Divulgación Científica, Puebla, MEXICO, por la revista Axxón.

Ha sido Director y luego Editor y asesor literario de la revista Axxón desde 1989 a la actualidad.

Desde junio de 1999 hasta agosto de 2000 cumplió tareas en Ediciones Colihue, de Buenos Aires, como asesor y Director de Colección.

AL INDICE

7.¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración escríbenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

espiral@centro-onelio.cult.cu

aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada. Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.

Para obtener números atrasados envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase en el asunto "Numeros anteriores" y el número del correo atrasado que deseas entre paréntesis a continuación. Si los quieres todos escribir a continuación “todos”.

Ejemplos: Con el asunto “Numeros anteriores (2)(5)(20)” obtendrías los números 2, 5 y 20 del Disparo en Red. Con el asunto “Numeros anteriores todos” obtendrías todos los números del Disparo en Red existentes.

Al INDICE